

*Gobernador, le seguirán atacando porque tiene enemigos fuertes...*³⁵.

Pero no sólo se limitaron a informar a sus superiores de las ideas y acciones realizadas por el Gobernador, también defendieron decididamente los ideales católicos o conservadores. Prueba de ello son por ejemplo aquellas cartas enviadas hacia 1905 desde Quillota, especialmente de la parroquia de Hijuelas, donde el sacerdote junto con criticar a los liberales, señalaba el rol que podía cumplir un sacerdote en beneficio del triunfo de las ideas conservadoras:

Los hechos recientes están probando de cuando es capaz la pasión política y sectaria. Los liberales cuando ven que se les trata de menospreciar su ascendiente electoral o mejor dicho el acceso al presupuesto son capaces de todo. En la parroquia que actualmente sirvo, quannis indignus, está tan averiado el prestigio liberal que no dudo augurarle completa derrota en la próxima campaña política. Si en todas partes se trabajara como aquí otra suerte correría la Iglesia chilena, si en todas partes las parroquias fueran asegurando el triunfo de las ideas católicas o conservadoras en qué estribaría la audacia liberal y ello es posible mediante el perseverante anhelo de cada párroco. Compare Ud. ahora la situación de Santa Cruz de cuando yo la recogí, antes mitad conservadora hoy totalmente radical. No quiero significar que el actual cura no esté animado del mismo espíritu que yo; pero aquellos hombres yo los traté con rigor y así respetaban las ideas conservadoras...

*Mi sistema es diverso, a mi se me perseguirá en todas partes pero también puedo presentar Dios mediante, en cualquier parte triunfante la causa conservadora*³⁶.

Este celo por la defensa de las ideas políticas se manifestó a través del púlpito y también en los colegios. Cuando había alguna ceremonia importante, los discursos permitían al sacerdote hacer la defensa de la religión y criticar las ideas que atentaban contra los principios básicos de su doctrina. Sin embargo, y dependiendo de las circunstancias políticas, el púlpito fue su principal y más directo medio de expresión política. No siempre resultó para el sacerdote beneficioso hacer uso de la prédica para manifestar sus ideas, ya que en más de una ocasión tuvo repercusiones funestas. Hacia 1891 y previo a la revolución de dicho año, en la catedral metropolitana, un sacerdote de apellido Cortés realizó el sermón correspondiente al último día de la rogativa, lo que le significó su exilio al sur del país, específicamente a la localidad de Yungay. La razón de dicha determinación por parte de las autoridades civiles fue, al decir de Fanor Velasco, un hombre muy cercano al gobierno de la época, que el dicho sacerdote había indicado que *los varones justos sufrían persecuciones*³⁷. Para el sacerdote afectado todo resultaba inexplicable, pues estaba seguro de no haber manifestado palabra alguna en contra de la administración de aquel momento. Como prueba de lo señalado fue una carta enviada desde la ciudad de Chillán en momentos que se dirigía al lugar de su destierro, Yungay. En dicha

35 A.A.S., vol. E-LL, fjs. 255-257. Los Andes, mayo 5 de 1907.

36 A.A.S., vol. E-LL, fj. 147 yv. Hijuelas, enero 12 de 1905.

37 Ver. Fanor Velasco, *Memorias*, Imprenta y litografía Universo, Santiago 1914.

carta indicaba lo siguiente sobre los hechos:

El 24 del presente fui aprehendido en la calle pública y llevado al cuartel de policía de esa capital, donde fui reducido a prisión.

El Sr. Intendente me comunicó que mi presión era debido a una orden de la autoridad suprema y originada por el sermón que prediqué, en el templo metropolitano, en la mañana de ese día; agregando el Sr. Cerda y Ossa que en el dicho sermón, yo me había expresado en términos contrarios a la administración actual.

Inútil juzgaría protestar a V.S. Itma. y Ryma. que no me he expresado en tales términos. Prediqué ante uno de mis preladados, de varios miembros del venerable Cabildo y clero y de una gran concurrencia de fieles y ellos saben que no avancé un solo concepto ni una sola palabra en pro o contra de persona o partido político.

La orden de mi destierro me fue comunicada ayer, siendo en el expreso de hoy, enviado bajo vigilancia de un oficial a esta ciudad, en tránsito para Yungay³⁸.

Tal situación alcanzó ribetes inusuales, ya que debió intervenir el propio Presidente de la República. La autoridad civil expresó su malestar enviando al Arzobispo una carta donde hacía ver su preocupación y malestar por los hechos ocurridos en la Iglesia Metropolitana, desde donde los sacerdotes vertían conceptos contra la administración del Estado³⁹. Pero ello no quedó allí, también los fieles cercanos al sacerdote Cortés fueron víctimas de la situación. En una de las frecuentes asistencia a misa y retiros espirituales de los fieles a la iglesia de Santa Ana, lugar donde el mencionado sacerdote desarrollaba su ministerio, éstos fueron desalojados por la fuerza pública. Todo ello como consecuencia del sermón predicado por el sacerdote en la Iglesia Metropolitana⁴⁰.

En síntesis, junto a los “macro” problemas que la Iglesia Católica chilena enfrentó en el tránsito del siglo diecinueve al veinte y que ciertamente repercutieron en el clero diocesano, existieron otros, que a pesar de su relativa importancia, influyeron en la acción social y apostólica de éstos. Construir la parroquia y el oratorio, dotarlos de los elementos sagrados elementales, atender parroquia muy extensas teniendo como único medio de transporte su cabalgadura, enfrentar al mundo protestante y a la contingencia política fueron problemas reales de su mundo cotidiano.

El sacerdote debió sobreponerse a estos obstáculos y con esfuerzo y creatividad dotar a su parroquia de lo mínimo indispensable para que ésta funcionara adecuadamente. Y no solamente eso, enfrentó con decisión a los protestantes y a todos aquellos que propugnaban nuevas ideas y que se alejaban de los principios básicos de la doctrina cristiana, ya que en ello estaban en juego no sólo sus convicciones sino que también su propio sustento.

38 A.A.S., vol. A-D, fj. 261 yv. Chillán, junio 26 de 1891.

39 Ver. Fanor Velasco, *Memorias*, p. 487-488.

40 El hecho aparece tanto en el periódico *La Revolución* del día 28 de junio de 1891 p. 18 y en las *Memorias* de Fanor Velasco. Lamentablemente en ninguna de las fuentes se profundiza en el hecho, solo se menciona brevemente.

3.- El mundo privado de los curas: el párroco y el teniente cura desde la cotidianeidad

La acción social y apostólica que el clero diocesano chileno desarrolló en localidades rurales de nuestro país no estuvo exenta de conflictos. El que hacer cotidiano y el "status" social que ostentaba cada sacerdote dentro del cuerpo eclesial, fueron los detonantes de éstos. Pese al llamado de los Obispos, a través de cartas y edictos pastorales y del propio Sínodo de 1895, que instaban a los sacerdotes a formar un cuerpo unido y solidario para hacer frente a los problemas de índole social y religiosa que amenazaban a la Iglesia chilena de fines del siglo diecinueve y primeras dos décadas del presente⁴¹, la respuesta no fue del todo fácil, pues su realidad material influyó, en muchos casos, negativamente.

Los conflictos entre los sacerdotes de fines del siglo diecinueve los observamos en dos niveles: entre párrocos y entre el párroco y su ayudante, el teniente cura. Entre los párrocos, como ya lo hemos indicado, el conflicto se centró fundamentalmente en los límites parroquiales, donde cada sacerdote defendió con celo su jurisdicción para impedir la reducción de su espacio, por todo lo que en ello estaba en juego y que ya comentamos en páginas anteriores. Sin embargo, la dinámica de los conflictos entre el párroco y su vicario fue distinta. Poco sabemos de este mundo particular. Un mundo que a nuestro juicio brinda la posibilidad de aproximarse a la mentalidad de un sector del clero rural chileno, porque de los conflictos que se suscitaron del que hacer cotidiano y del "status" social correspondiente al párroco y al teniente cura, va emergiendo el hombre que hay en el sacerdote, con sus aspiraciones y sentimientos íntimos.

Nuestra aproximación metodológica a este mundo particular consistió en situar a ambos protagonistas dentro del contexto histórico con sus respectivos roles, para luego, centrarnos en sus conflictos personales con una doble finalidad: percibir aquellos sentimientos que van emergiendo de las relaciones personales, y por otro lado, establecer la o las motivaciones reales que existieron tras los conflictos. Una primera impresión debiera llevarnos a pensar que las desigualdades económicas, tanto de la condición material como de los sueldos entre el párroco y el teniente cura fue una causa principal de los conflictos, más aún, si observamos el drama que reflejan las cartas al referirse a ambos aspectos. No obstante lo anterior, pensamos que hay otra razón de importancia que influyó considerablemente en las relaciones de nuestros protagonistas y que se relaciona con la necesidad humana de figurar dentro de la sociedad como un ser importante al cual se le reconoce su labor.

41 Entre las cartas y edictos pastorales de las últimas décadas del siglo diecinueve destacan: VALENTÍN VALDIVIESO, *Edito al clero y fieles de nuestra arquidiócesis*, en BES, Libro X, N° 32, Julio 16 de 1859. IDEM, *Advertencia al pueblo sobre los preservativos de la viruela*, en BES, Libro XIX, N° 1.240, marzo 28 de 1873. Edicto sobre la Francmasonería, del Vicario Capitular Joaquín Larraín Gandarillas, en BES., Libro XXXVI, N° 52, marzo 19 de 1887. MARIANO CASANOVA, *Pastoral sobre la interperancia en la bebida*, en BES., Libro XXXVI, N° 1.014. Además, el *Sínodo de Casanova*, 1895, específicamente en el libro segundo, título primero, artículos números 325, 329 y 332, donde hace un fervoroso llamado a la unidad y solidaridad del clero en el ejercicio de su ministerio.

Creemos que los conflictos suscitados dentro de este mundo particular se debieron a la marginación económica y social de que fue víctima el teniente cura. Económica, porque el dinero que podía percibir dependía principalmente del párroco, el cual, según las entradas parroquiales y las capellanías que tuviera la parroquia, le asignaba un sueldo mensual a su colaborador, que por lo general, no le permitían vivir decorosamente⁴². Marginación social, porque siendo simplemente un cura, su "status" social estaba muy por debajo de su superior inmediato, quedando irreductiblemente condenado a vivir en el anonimato. Al párroco en cambio, a la cabeza de todas las actividades de mayor significación, se le abrían campos de comunicación con las principales autoridades públicas y las familias más pudientes de la comunidad.

El párroco a quien acompañó el teniente cura en su labor social y apostólica, jugó un papel muy importante dentro de la sociedad⁴³. Desde el momento mismo de hacerse cargo de una parroquia rural empezaba a relacionarse con la sociedad lugareña, en la cual terminaba insertándose como una verdadera autoridad en el orden moral y cultural⁴⁴. Sus relaciones con el Intendente, el Alcalde, el Comandante de Policía, el Preceptor de la escuela fiscal, entre otras autoridades locales, y los vecinos de mayor renombre, se estrechaban y consolidaban a los pocos meses de haber arribado a una localidad, a no ser que políticamente tuvieran ideas distintas, como ocurrió en algunos casos, donde las autoridades se convirtieron en grandes obstáculos para la labor del párroco⁴⁵.

Cuando la comunión entre el párroco y las autoridades públicas y la feligresía de elite era buena, el primero gozó no sólo de una buena posición social, sino que también económica. Fue así como algunos párrocos llegaron a contar con fundos y negocios que administraban personalmente y de los cuales obtuvieron importantes beneficios, que unidos a su sueldo como párroco le permitieron llevar una vida más

42 Tal realidad la encontramos descrita, por ej., en una carta procedente de Los Andes con fecha junio 6 de 1907, donde el párroco comunicaba a su Vicario Capitular el cambio de residencia de su ayudante indicando: *De improviso, sin previo anuncio el señor... ha emprendido viaje a esa (Santiago) con destino a la parroquia de San Isidro; el motivo que lo mueve son las ofertas de mayor lucro que le hace el señor Echeverría, le ofrece 120 pesos, siendo que yo le doy cien... A.A.S., vol., E-LL, ff. 248.*

43 Este papel del párroco lo podemos observar en: WALTER HANISCH, *Peumo. Historia de una parroquia, 1662-1962*, Universidad Católica de Chile, Santiago 1963. ELÍAS LIZANA, *Apuntes para la historia de Guacarlue y de Pencalhue de Talca*, Santiago 1909. REINALDO MUÑOZ, *Yerbas Buenas, Linares y San Javier. Páginas de su historia*, Santiago 1967. Y los trabajos de FIDEL ARANEDA BRAVO (ver, por ejemplo, *historiografía eclesial chilena entre 1918 y 1988*, escrita por MARCIANO BARRIOS en *Pensamiento teológico en Chile*, Universidad Católica de Chile, Santiago 1990).

44 Confirman tal realidad lo escrito por MARCIANO BARRIOS sobre *Las parroquias*. Además de las *Cartas de un cura de campo*, publicadas en *La Revista Católica*, números: 42 (1922) pp. 543-547 y 44 (1923) pp. 223-227 y 859-863. Estas cartas fueron publicadas con la firma C.R. por Oscar Larson durante los años 1922-1923.

45 Tal realidad queda evidenciada, por ejemplo, en aquel episodio señalado por CARLOS LABBÉ en *Párrocos ejemplares*, donde relata los problemas que tuvo el sacerdote José G. Díaz con los radicales de Curepto. *Revista Católica*, tomo XLIX (1925) p. 855 y tomo L (1926) pp. 591-592. No menos decidor de dicha realidad fue el caso de aquel sacerdote que se opuso a las injusticias que los hacendados cometían con sus inquilinos. En ELÍAS LIZANA, *Apuntes para la historia de Guacarlue y Pencalhue de Talca*, Santiago 1909, pp. 26 y siguiente.

que decorosa. No pocos sacerdotes que ejercieron su ministerio durante el período en estudio llegaron incluso a testar, dejando algunas propiedades o simplemente dinero a sus parientes, que habían obtenido por donación o por las actividades desarrolladas al margen de su ministerio⁴⁶.

Cuando la parroquia que servía el párroco era de importancia y las entradas de buen nivel, se requirió de los servicios de uno o más tenientes cura para atender satisfactoriamente a los feligreses. Al momento de contratar un teniente cura éste quedaba supeditado a las órdenes del párroco y no del obispo⁴⁷, al cual se subordinaba tanto en el plano económico como en las funciones que debía desarrollar. Así el párroco se fue convirtiendo en una especie de “patrón” del teniente cura.

Las funciones que debió cumplir bajo las órdenes de su superior inmediato fueron diversas. Un informe parroquial procedente de Curepto hacia 1918, señalaba algunas de las funciones del teniente cura, como por ejemplo: atender las capellanías que la parroquia dispusiere; allí el teniente cura debió atender dos de las tres capellanías, las más alejadas, realizar las confesiones en los campos en forma alternada con su párroco, poner óleo cuando se encontrare en la parroquia y hacer catecismo todos los domingos. A lo anterior, debía sumarse el celebrar misa con las religiosas a las siete y media de la mañana, día por medio, como asimismo socorrer a los enfermos del hospital local; rezar el Rosario todos los días y la exposición del Santísimo, predicar determinados días en las distintas novenas que celebrare la parroquia y efectuar la misa a los difuntos cuando se encontrare en la iglesia⁴⁸.

Sin embargo, estas son sólo algunas de las obligaciones que el teniente cura debió cumplir. La correspondencia nos permitió establecer que el ayudante del párroco cumplió otras funciones de importancia, como por ejemplo, tener al día los libros parroquiales (el de bautismo, matrimonio, defunciones e incluso el de fábrica), binar los días domingos (efectuar dos misas en el día), realizar las confesiones más lejanas, coordinar las actividades parroquiales, como los ejercicios espirituales y en algunos casos ser hasta el portero de la parroquia. Este exceso de trabajo produjo no sólo un agotamiento físico en el teniente cura, sino que también desánimo y un malestar hacia su superior inmediato. Hacia 1903, desde una parroquia cercana a Viña del Mar, escribía un sacerdote al Vicario General expresando su disconformidad como sigue:

No me he podido acostumbrar en este pueblo y por otra parte no me gusta el Sr. cura. Además es un tanto pesado; impone al teniente la obligación de llevar los libros, los cuales me los entregó atrasados desde noviembre; los domingos hay que binar, y estando el oratorio como a una legua, tiene uno que irse de a pie a gastar de su bolsillo propio; además de los óleos, matrimonios y confesiones en la Igle-

46 Ejemplo de ello fue el sacerdote L.R., quien testó con fecha febrero 2 de 1901, dejando dos casas y dinero a la hermana de su ahijado y los hijos de este último, como asimismo, una obra pía y misas en su descanso. El monto total de sus bienes ascendieron a 33 mil pesos, *Archivo de la Secretaría Arzobispal de Santiago de Chile*, leg. 56, N° 128.

47 Ver. *Sínodo Diocesano del Arzobispo Casanova*, 1895. Imprenta y Encuadernación Roma, 1896, libro segundo, título tercero, artículo 473.

48 A.A.S.-I.P., leg. 89, N° 47. Obispado de Talca, Curepto, 13 de agosto de 1918.

sia, tiene todas las sacramentaciones de fuera, y todo ese servicio de a pie, de modo que he tenido que hacer confesiones en que me he demorado casi dos horas andando... la misa en este tiempo de vacaciones la ha puesto a las diez todos los días, agréguese a esto el tener que servir como de portero... a cada momento que se toca el timbre de la oficina, si es al cura a quien necesitan, si al teniente, o al sacristán, etc.⁴⁹.

El paso del tiempo fue tornando insostenible las relaciones entre el párroco y su ayudante. El inicial desánimo y malestar llegó a convertirse en una especie de resentimiento y frustración por el fuerte contraste entre lo aprendido y vivido en el Seminario y la triste realidad de las parroquias. Estos resentimientos y frustraciones no sólo fueron ocasionados por una realidad material adversa, sino también por las actitudes de muchos párrocos. Así lo observaremos, por ejemplo, en la siguiente epístola dirigida al Vicario General, donde se expresaba:

Yo, por mal de mis pecados, estoy purgándolas en esta parroquia de San Luis, los siete meses que llevó aquí han sido los más tristes y sacrificados de mi vida; solo Dios sabe con cuanta razón trate de sacar el cuerpo antes de venirme, más no pude, él me obligó, digo el ltmo. Sr. Arzobispo.

Ud. me dirá, tal vez, recuerde que es deber de todo sacerdote estar dispuesto a soportar todo, (que) esta vida es una verdadera guerra y continuo batallar con las contradicciones del mundo. Sí, señor, lo sé; pero replico a mi vez: nunca creí encontrar en un sacerdote tantas humillaciones, tan poca consideración, tanta poca dignidad, etc... yo que esperaba tener un compañero, un consultor, un modelo al lado del cual pudiera formarme y aprender a imitar sus virtudes... no, no ha sido así, me mira como a un sirviente a quien paga y como un favor, yo creo se imagina está en algún castillo feudal... Tan cierto, es aquello de que es necesario vivir con la persona para formarse un juicio cabal de ellas⁵⁰.

Estos sentimientos se vieron acrecentados por las malas condiciones materiales y económicas que tenía el teniente cura. En ocasiones no tuvo siquiera donde alojarse en la parroquia, debiendo por consiguiente, arrendar alguna pieza por su propia cuenta, lo cual le trajo, no en pocas oportunidades, problemas de índole judicial, que se capitalizaron en embargos de sus bienes por deudas de arriendo.

Cuando las parroquias no poseían la congrua de sustentación que el Estado otorgaba, el sueldo que percibía el teniente cura dependió básicamente de las entradas de la parroquia y de las capellanías que en algún fundo pudiera servir, con la debida autorización de su párroco. Las entradas parroquiales no fueron siempre favorables, ya que existieron períodos en que el párroco debió gastar de su propio dinero, o en su defecto, endeudarse para poder equilibrar los gastos con las entradas de la parroquia. Los Informes Parroquiales dan prueba de ello. Por ejemplo, un informe procedente de la parroquia de San Clemente hacia 1917, indicaba: *La pa-*

49. A.A.S., vol. M-R, lj. 205, Viña del Mar, 17 de febrero de 1903.

50. A.S.A., vol. A-D, fjs. 134-139, Valparaíso, 20 de septiembre de 1896.

parroquia de mi cargo ha experimentado considerable disminución en las entradas de fábrica durante los últimos años, de modo que se hace difícil atender a los gastos del culto⁵¹, gastos que no sólo correspondían a la cancelación de luz, canto, música y celebraciones importantes, sino que también los servicios del teniente cura y del sacristán. Las cifras señaladas por el párroco de San Clemente confirmaban el descenso brusco de las entradas de fábrica, las que eran hacia 1913 de 1.458,62 pesos, y tres años más tarde, solo alcanzaban a 698,25 pesos anuales⁵².

Al no tener la parroquia una entrada de dinero importante las posibilidades que el párroco tenía de hacerle un sueldo digno al teniente cura eran pocas. Las cifras señaladas por los sacerdotes en algunos casos llegaban a fluctuar entre 80 y 100 pesos mensuales, remuneración bajísima si consideramos la clasificación por niveles hecha en el año 1914 para el pago de aranceles. Según ésta, los sacerdotes quedaban relegados, con esos sueldos, al último nivel de la estructura social.

Su otra vía de captación de dinero fueron las capellanías que servían en alguna casa patronal, pero que a la postre fueron de relativa importancia para el teniente cura. La relevancia de éstas radicaba en el monto del dinero dejado por el testador para su servicio, si era elevado, mayor beneficio para su servidor, pero por lo general, las capellanías de mayor rentabilidad fueron atendidas por el párroco y las menores por el teniente cura. Tal realidad llevó a este último a estar atento a cualquier posibilidad de cambio de parroquia, como también, de obtener capellanías más rentables. Por tal razón, no vaciló en exponer al Arzobispo su situación aflictiva y ver la manera de revertirla. En ello utilizó todo tipo de argumentación, especialmente a su familia y las pocas cordiales relaciones con su párroco. Así lo revelan algunos párrafos de una carta enviada desde Curicó hacia 1905, donde el teniente cura indicaba:

En mi virtud, me dirijo a V.S. para exponerle mi crítica situación y rogarle me ayude, bien proporcionándome otra tendencia dentro o fuera de Santiago, o otra colocación cualquiera que llene mis necesidades, para no encontrarme en la calle; espero de su bondad no me abandone, y me proporcione en que trabajar y ganar lo necesario para el decoro del sacerdote y no verme precisado a buscar una colocación fuera de mi carácter de sacerdote a que me obligaría la necesidad.

Continuar aquí, no podría, sería rogar a este Sr. Cura, y eso mi decoro me lo prohíbe, pues ha sido una emboscada de persona. Hipócrita, interesado en que yo me vaya de ésta, soy pobre, pero orgulloso en el honor, busco trabajo, para no denigrarme ni rebajarme a nadie, quiero ganar un pedazo de pan, no mendigar, y eso sería si yo a este cura le rogara me dejara de teniente, primero cualquier cosa, antes de eso...⁵³.

La familia también fue un argumento presentado por el teniente cura para revertir su situación marginal. Fue común que los sacerdotes al hacerse cargo de

51 A.A.S.-I.P., leg. 89, N° 47, obispado de Talca, San Clemente, 8 de enero de 1917.

52 *Ibidem*.

53 A.A.S., vol. E-LL, fjs. 85-86, Curicó, 29 de agosto de 1905.

una parroquia lo hicieran en compañía de su madre o alguna hermana, más aún cuando éste era el mayor de los hijos. Son significativas las cartas donde aparece la madre o la hermana como argumentación para lograr una mejor ocupación o evitar un traslado ordenado por el Arzobispo. Por ejemplo, aquel cura, que ante el eventual cambio de parroquia para desempeñar un cargo distinto al de profesor del Seminario, desde Quilpué indicaba:

... consideraría por lo tanto, como cosa venida del cielo cualquier ocupación más ventajosa, con la que pudiera atender mejor las necesidades más imperiosas de mis hermanas, que como Ud. sabe, trabajan con tanta amargura, siendo tan jóvenes y desdichadas, y la mayor que nos sirve de madre, se encuentra gravemente enferma, de modo que si yo no puedo proporcionarle oportunamente lo que necesita, esta enfermedad pronto la llevaría al sepulcro⁵⁴.

Pero es indudable que la familia para el sacerdote significó algo más que un argumento para lograr sus fines. No cabe duda que existió un sentimiento fuerte entre el sacerdote y sus familiares ya que éstos en muchos casos fueron su único refugio y consuelo cuando todo era adverso. Fue en ocasiones tan fuerte esta ligazón con su familia que lo llevaron incluso a desistir de una mejor ocupación, donde las ventajas eran comparativamente mayores, pero su condición de hijo, responsable y comprometido con su familia, pesaron más que sus intereses personales.

Este sentimiento aparece ratificado, por ejemplo, en aquel teniente cura que ante la posibilidad concreta de servir una parroquia de mayor jerarquía, por lo tanto más rentable, como la de Puchuncaví, decidió quedarse en la de Quillota indicando a su Vicario General que:

Mi familia que es muy hermosa ha quedado huérfana de padre y madre, como su S. lo sabe, y yo que soy el mayor de los hermanos hombres me he visto obligado de ponerme al frente de ella...

Una vez que se subsanen estos (inconvenientes), que son para mí, verdaderos males, y que creo, Dios mediante, no estar muy lejana esa época, me pongo a la entera disposición de la Autoridad Eclesiástica...⁵⁵.

No siempre fueron bien acogidos estos argumentos por las autoridades eclesásticas, a pesar de los sentimientos que los avalaban, debiendo por consiguiente – al menos por algún tiempo- conformarse con las disposiciones de su prelado.

Esta condición de marginalidad económica no sólo fue momentánea, en algunos casos los acompañó hasta sus últimos años de vida. El tiempo que sirvió el sacerdote en localidades apartadas y desoladas, teniendo como único medio de transporte su caballo, tuvo importantes repercusiones en su condición física y mental. Las enfermedades que debió enfrentar, producto de su que hacer diario, se reflejaron no solamente en problemas de reumatismo y tuberculosis, sino que también de índole síquica, que pudieron costarle la demencia total. Poder solventar enfermedades de este tipo no fue fácil, más aún, si recordamos las pobres condiciones materiales en que vivió el sacerdote y los escasos sueldos que percibía, debiendo recurrir

54 A.A.S., vol. A-D, fjs. 126-127, Quilpué, febrero de 1896.

55 A.A.S., vol. E-LL, fjs. 127-128, Quillota, 5 de septiembre de 1908.

al auxilio del Arzobispo para costear gastos de medicina, alimentación y estadía en algún lugar de rehabilitación. Este auxilio por parte de las autoridades eclesiásticas no siempre fue el adecuado, debiendo por tanto, el solicitante, reiterar su necesidad en términos dramáticos. Así lo testimonia quien permaneciera por algún tiempo en la Casa de Orates de Santiago.

La suma tristeza y miseria de mi situación, me obliga a recurrir a la paternal caridad de V.S.I. para solicitar que el Gobierno Eclesiástico me pague la cantidad de mi pensión alimenticia en la Casa de Orates de esta ciudad (Santiago).

Agradezco en el alma el auxilio de treinta pesos, que hasta aquí me ha concedido... Circunstancias poderosas impiden ahora al Sr. Mesa continuar dispensándome esta protección, quedando pues Itmo. Señor reducido al penoso estado de tener que estar mezclado con los enfermos del bajo pueblo, lo que es muy desdoloroso para mi espíritu y fatal para mi salud, por las diarias y terribles impresiones que entre ellos voy a padecer..

Mi extrema pobreza puesto que no poseo ni aún la congrua sustentación por haber sido ordenado a título de servicio de la Iglesia me impiden pagar el resto de esa pensión, que me libraría de tantas solemnidades, y por eso acudo a la paternal bondad y solicito de V.S.I. a fin de que se digne socorrerme⁵⁶.

Sin embargo, el paso del tiempo hizo tomar conciencia a las autoridades eclesiásticas de la dramática realidad que enfrentaban los sacerdotes al final de sus vidas. Prueba de ello fue el *Edicto acerca de una obra a favor de los sacerdotes ancianos y desvalidos*⁵⁷. Con fecha 13 de diciembre de 1923, el Arzobispo de Santiago, Crescente Errázuriz, señalaba a la comunidad:

Los sacerdotes que dedican la vida al servicio del pueblo; que noche y día están a sus órdenes y acuden a su llamado, a fin de auxiliarlos en sus necesidades espirituales, suelen ver llegados sus últimos días y hallarse, después de agotadas sus fuerzas en rudo trabajo, sin medios de subsistencia. Ancianos, enfermos, sin recursos, esos hombres... tienen por lo menos, derecho a que los católicos les proporcionen siquiera con que alimentarse en los postreros momentos de su existencia.

Luego del reconocimiento de una realidad dramática, el Arzobispo pasaba a señalar la intención del edicto, cuál era la necesidad de apoyar la formación de una asociación que reuniera fondos para socorrer a estos sacerdotes. Por ello, continuaba indicando que:

Con el objeto de reunir para ellos los fondos necesarios he hecho que, a sus erogaciones, añadan el sacrificio harto más grande de tender la mano en solicitud de una limosna... Mi voz ha sido escuchada y se ha formado una asociación, cuyo objeto es organizar la colecta de erogaciones con el indicado fin, en toda la arquidiócesis...⁵⁸.

56 A.A.S., vol. M-R, f. 288 yv: no indica fecha ni lugar de procedencia.

57 BES., tomo N° 22 (1921-1922), pp. 875 y siguientes.

58 *Ibid.*, p. 875.

Esta realidad que hemos venido analizando del teniente cura, representada por un arduo trabajo, pésimas condiciones de vida, salarios bajos y el desamparo por parte de sus superiores en momentos difíciles, explicarían en gran medida las poco cordiales relaciones entre el párroco y su teniente cura. Pero, ¿qué hay tras de todo ello? Creemos que la realidad económica del teniente cura, representada fundamentalmente por las condiciones materiales y las remuneraciones recibidas, pero también hay otro aspecto de gran importancia y que dice relación con el deseo de “figuración”, entendiendo por ello, aquella necesidad humana de sentirse parte importante de la sociedad y que a la vez ésta lo reconozca como tal.

El teniente cura buscó salir de su papel anónimo al que estaba “condenado” por su condición de ayudante. Su “status” social de alguna manera lo golpeaba y resentía interiormente ya que sus posibilidades de figurar eran mínimas. Este sentirse menos que el resto del cuerpo eclesial, fue aún mayor cuando un sacerdote con una vasta experiencia era llamado a servir de teniente, cumpliendo un castigo por “faltas a las buenas costumbres”⁵⁹ Quien da testimonio de dicha realidad, es aquel sacerdote que por más de veinte y ocho años fuera cura titular de una parroquia capitalina al describir su estado de ánimo como teniente cura. En una de sus cartas indicaba: *mucho necesito que me ocupen (cambio de ocupación), de teniente cura sufro mucho, no puedo amoldarme a esa vida, sobre todo después de tantos años de cura (párroco). Mis compañeros se han sorprendido (al) ver que vuelvo a ser lo que fue hace 28 años. Luego proseguía el sacerdote interrogándose por la causa de su situación y reparando no solo en su dolor, también en el olvido de sus superiores manifestando: sufro interiormente de un modo horrible. Es muy desconsolador verme olvidado de mis superiores*⁶⁰.

Quien nos clarifica aún más esta necesidad de sentirse una persona importante dentro de la sociedad a la cual sirve y no ser víctima de la marginación social, fue por ejemplo, aquel sacerdote que por largos años sirviera en el departamento de Valparaíso y de quien se tuviera la imagen de conflictivo por una serie de problemas con sus pares y miembros de la comunidad⁶¹. Acusado de faltar a las buenas costumbres y principalmente de practicar el juego del naipe con fines lucrativos⁶², las acusaciones de que fue víctima tuvieron una pronta respuesta en su sostenida

59 La frase *falta a las buenas costumbres* es de uso común por parte de los sacerdotes al momento de explicar su problemática a su superior, sea este Vicario General u Obispo. Entiéndase por dicha expresión aquellos problemas que dicen relación con las visitas frecuentes y en horas indebidas que hacían los sacerdotes a casas de vecinas, los escándalos con personas del sexo femenino en lugares sagrados y públicos, los pleitos con vecinos por disposiciones testamentarias, donde los bienes dejados por el difunto eran celosamente disputados entre los curas y los parientes, y una serie de prácticas económicas con fines de lucro.

60 A.A.S., vol. S-Z, fj. 191, Santiago, 3 de julio de 1910.

61 Corroboran esta imagen del sacerdote su nutrida correspondencia con el Vicario General y el Arzobispo. Ver. A.A.S., vol. A-D, fjs. 37-39-42-44-45-46-47-49-52-56.

62 Dicha práctica aparece descrita principalmente en las siguientes misivas del volumen A-D: Valparaíso, 12 de febrero de 1909, fjs. 47-48. Sin fecha ni lugar de procedencia, fs. 49-51. La Ligua, 12 de enero de 1912, fjs. 52-53. Y Santiago, 24 de julio de 1917, fjs. 56-62.

correspondencia con el Arzobispo y el Vicario General. Sin embargo, en su última carta con fecha Santiago 24 de julio de 1917, y donde en su anverso resalta el carácter de “particular”, vierte sentimientos íntimos y explica la razón de sus faltas al indicar:

Como yo lo he manifestado en repetidas ocasiones, aquí sufro las mil y una humillaciones, no sólo depresivas para el hombre sino que también y mucho para el sacerdote; pero todo rencor lo sufro resignado en expiación de mis faltas que sin duda son muchas...

Pero jamás me he encontrado reo de una falta grave o que haya dado alguna vez algún grave escándalo, y que se pueda decir de mí que he sido un sacerdote malo... como cruelmente me lo dijo el Sr. Arzobispo... Sin duda que ocasiones para perder mi vocación he tenido muchas pero, gracias a Dios y a mi buena y Santa Madre, que he sabido vencerlas...⁶³.

Respecto a la práctica del juego del naípe con fines de lucro, donde participan otros sacerdotes y las máximas autoridades civiles locales y regionales, el sacerdote en cuestión las justificaba, ya que con ello podía solventar los subidos gastos que le demandaba la cesantía de la vida y alimentar a su madre y tres hermanas⁶⁴. Sin embargo, detrás de todo ello estaba el sentirse marginado socialmente, y lo deja evidenciado en el último párrafo de su carta “particular” señalando que: ... de persistir las acusaciones en mí contra debería abandonar mi familia e irme a otra Diócesis donde acabaría mis días de sacerdote pobre, y sin apellido aristocrático⁶⁵.

En resumen, podemos señalar que hacia fines del siglo diecinueve y comienzos del presente, ser teniente cura en localidades rurales de nuestro país no fue nada de fácil. El ayudante del párroco debió soportar no sólo una marginación económica, sino que también social. Económica, porque debió vivir no solamente en condiciones materiales adversas, sino que también porque su sueldo –por lo común insuficiente para satisfacer sus necesidades básicas- dependía de lo que buenamente su párroco le podía asignar. A ello se sumaron las pocas posibilidades de servir una capellanía rentable, ya que éstas quedaron, por lo general, reservadas al párroco. En lo social, no gozó el teniente cura del prestigio que ostentaba su superior inmediato en la comunidad, el cual, se relacionaba con las máximas autoridades públicas y la feligresía de elite. Tal marginación se hizo cada vez más difícil de revertir cuando el sacerdote era pobre (sin bienes personales) y no estaba ligado a la alta sociedad de la época (sin apellido aristocrático).

Pese a todo ello, el teniente cura luchó denodadamente por revertir su situación social y económica. Para ello buscó en dos direcciones. Una, llegar a Santiago o a cualquier otra ciudad importante y servir en las parroquias de mayor jerarquía, que eran las más rentables, aunque fuera de teniente cura. Por ejemplo, llegar a Santiago significaba alcanzar sus dos objetivos. El económico, porque al tener la parroquia mayor población esta tenía mayores entradas mensuales. Al existir la posibilidad de participar en celebraciones de importancia junto a la elite del clero y

63 A.A.S., vol. A-D, fjs. 56-62.

64 *Ibidem*.

65 *Ibidem*.

llegar a predicar en la Catedral Metropolitana, le significaba satisfacer su necesidad social. Esta realidad es claramente perceptible al ver en el Diccionario Biográfico del Clero Secular Chileno de Raymundo Arancibia, como los tenientes curas buscaron aproximarse a las ciudades más importantes de sus respectivos departamentos y del país en general. Su segunda alternativa, no menos sugerente, fue el buscar alguna parroquia vacante o en su defecto, y con el apoyo de los feligreses, crear una viceparroquia donde fuera el titular. Ello no fue nada de fácil; pues, generalmente, contó con la oposición de su párroco.